

Sartre: Entre la literatura y la filosofía

Álvaro Restrepo Betancur

“En Francia, nos gusta unir la filosofía y la literatura; Sartre es a la vez un filósofo y un escritor”.

Jean Hyppolite, Eco, N° 179, septiembre de 1975.

“Si la literatura no es todo, la literatura no es nada”.

Sartre. **¿Qué es la literatura?**

Hablar de Sartre es complejo y ‘problemático’. Habría que empezar por señalar de qué Sartre se trata: si el filósofo o el escritor; el ideólogo o el dramaturgo; el poeta -que canta “el envés de las cosas”, al decir de Pierre De Boisdeffre- o el crítico de arte y literatura; el hombre de acción, el político, el humanista, el esteta, el intelectual, en fin... Sartre fue todo esto, un verdadero ‘monstruo’ de la cultura, uno de los paradigmas más sobresalientes y notables del pensamiento en el siglo XX.

Sartre escritor y filósofo, es el tema de nuestro escrito. Sus reflexiones acerca de la hermandad entre literatura y filosofía y la síntesis que establece entre ambas, explican su significación e importancia en el pensamiento contemporáneo. Sartre enriquece y potencia la filosofía al “crear una imagen alternativa del carácter filosófico”. En Sartre hay un proyecto inicial y decisivo, consistente en desarrollar su trabajo intelectual y escritural en el doble sentido de lo literario y lo filosófico. Sus cuentos, novelas y obras de teatro nos entregan, en el lenguaje emotivo de la inmediatez, una atmósfera **existencial** que luego será traducida, reflexionada y dilucidada en el lenguaje nocional de la filosofía. Una lectura simultánea, entretejida, de **La náusea** y de **El ser y la nada** revela esta cuestión.

Cuando Sartre escribe **La náusea**, pretende develar, literariamente, el mundo de la contingencia. A partir de esta atmósfera grisácea, densa y opaca, en la que el hombre se halla arrojado, plantea el filósofo existencialista, en el lenguaje de la inmediatez, una serie de ideas, cuyo hilo conductor es el de la libertad, piedra angular en este pensamiento, alrededor de la que giran problemáticas fundamentales como la totalidad (el hombre en situación), la angustia, la náusea, situaciones límite como la muerte, el absurdo y otra serie de planteamientos propios de la reflexión existencial. Por ello, podemos presentar esta novela del joven Sartre como un arduo, dramático y laberíntico “diario metafísico”, emprendido por Antoine Roquentin, su protagonista.

Sartre hace la traducción filosófica de esta obra, acudiendo al lenguaje nocional (lenguaje de la mediación) en su grueso libro de filosofía: **El ser y la nada**. De ahí la importancia de su fundamentación filosófica.

La náusea es una novela que nos presenta el sentimiento y la sensación de una existencia absurda y contingente; pero esta obra no se constituye en la filosofía de la existencia, es sólo la “interpretación emocional” de ésta. Sólo con el surgimiento de **El ser y la nada**, libro posterior a **La náusea**, encontramos lo que podemos denominar como una filosofía de la existencia o de la libertad.

¿Por qué razón tiene que haber una base literaria, puramente subjetiva, como punto de partida para una meditación acerca de la existencia humana como “estar-en-el-mundo”? Esta pregunta es una pregunta problemática, como tal se mantiene dentro del camino de lo no resuelto; pero podemos afirmar lo siguiente: toda filosofía, si ha de ser una filosofía ‘dramática’, que se cuestiona el ser del hombre como ser dinámico que es, como proceso, necesita apoyarse en la captación vivencial y emotiva de ese ser-en-cuestión (en aplazamiento, diríamos parafraseando un título novelesco de Sartre). Sólo a través de esa onda vital podrá un pensamiento filosófico aproximarse al ser del hombre.

Pensamos, a partir de esta idea, que **El ser y la nada**, como filosofía que se cuestiona el ser del hombre, no hubiese logrado las dimensiones existenciales que tiene sin ese previo camino estético, subjetivo y emocional, recorrido por Sartre-Roquentin en **La náusea**. Una fundamentación filosófica de esta obra obedece a tal consideración: una relación íntima entre la visión subjetiva de lo literario y la visión filosófica en torno a una problemática como la existencia. ¿No fue esto lo que hizo otro francés notable, Albert Camus? **El mito de Sísifo** (como lo expresó Sartre, con su lucidez característica, en una de las **Situaciones**) es la traducción nocional de lo que se expresa, en el lenguaje de la inmediatez, en esa otra novela maestra del siglo XX: **El extranjero**.

Ahora bien, para dilucidar esta estrecha relación entre el lenguaje de la literatura y el lenguaje de la filosofía, es necesario plantear esta cuestión: ¿qué han de ser las palabras si éstas no penetran, de manera aprehensiva, la existencia total? En su ensayo autobiográfico **Las palabras**, Sartre deja al descubierto una respuesta a este interrogante. La etapa infantil -infancia verbal- era la creencia de que el lenguaje constituía el Ser, de que las cosas se enredaban en las palabras. Terrorista, el pequeño comediante Jean-Paul aprehendía el Ser en el lenguaje. Más tarde, Sartre descubre que no hay una racionalidad de la escritura. Las palabras no son las cosas, como creía el niño-escritor Jean-Paul. El lenguaje no nos entrega las cosas sino sus signos. El lenguaje no nos presenta sino el sentido del mundo. Henos aquí, pues, ante el problema de la significación.

Significación y develación del mundo, la obra literaria posee un sentido. Esta “hermenéutica del sentido” es lo que establece un punto de conexión entre la literatura y la filosofía. Para Sartre, si el mundo existe es, ante todo, para ser expresado. Literatura y filosofía se unen en este conato de significación de la existencia. Sin embargo, como ya quedó señalado, hay una diferencia de conciencia entre el discurso literario y el discurso filosófico. Para Sartre, la significación de la prosa literaria se mueve en el plano de la inmediatez. La filosofía, pura mediación del Ser en el lenguaje nocional, es la “toma de conciencia” del sentido del mundo total que se halla condensado, no consciente de sí, en la prosa literaria: “En efecto, la prosa escrita, literaria, me parece **la totalidad** todavía inmediata, todavía no consciente de sí, y la filosofía debería ser suscitada por la voluntad de toma de conciencia de eso, no teniendo sino nociones a su disposición. Su finalidad es pues forjar nociones que se recargan profundamente, progresivamente, hasta lo que

llegamos a tomar como un modelo de lo que se da directamente en la prosa” (Sartre: 1973: 50-51).

Llevada a buscar el sentido en la reflexión, la filosofía “viene después”. Esta problemática sartriana del sentido está íntimamente conectada con una fundamentación ontológica del lenguaje. Las afirmaciones hechas por Sartre a este respecto dejan ver cómo su concepción del lenguaje se funda en una ontología, en la relación del hombre con el Ser.

En la prosa encontramos una oscilación entre el significado (el ser) y el significante (el hombre). El lenguaje es ese elemento de trascendencia que le permite al hombre acercarse reflexivamente a lo trascendente. Sacado fuera de sí en-el-lenguaje, el hombre se sitúa en-el-mundo. Este acercamiento al Ser en el lenguaje es lo que pone en obra el canal de la comunicación.

Una obra nunca es gratuita, tiene su sentido, comunica algo. De ahí su carácter de ‘compromiso’, término tan caro a la concepción sartriana de la literatura, y que si se reduce o simplifica a lo político sólo genera malentendidos. En efecto: una capa de finalidad baña las palabras, pues éstas son esencialmente signos, signos que significan el mundo para los demás. Escribir es integrar el mundo en lo humano. La humanidad que es el mundo queda humanizada en la utilización que hace el hombre del lenguaje.

El lenguaje es, en definitiva, un acercamiento mantenido en la distancia al mundo (puesto que las palabras no son las cosas, meros signos, son incapaces de aprehender el Ser).

Es lo que Sartre denominaría una “antropología existencial”. Y es lo que vemos tanto en su literatura como en su filosofía, hermanas hasta

tal punto que la filosofía sartriana está impregnada de un secreto lenguaje literario. “En la medida en que precisamente hay siempre en la filosofía una prosa literaria escondida, una ambigüedad de términos, entonces el concepto es interesante porque conserva un espesor que le permite, a través de esas ambigüedades, ajustar más esa frase a la prosa literaria que contiene ya (condensado, no consciente de sí) el sentido que la filosofía tendrá que dar” (Sartre: 1973: 53).

Esta impregnación literaria de la filosofía es lo que permite -nos atreveríamos a decir- ver en **El ser y la nada** no sólo un “ensayo de ontología fenomenológica” sino también la novela de la conciencia vacía: de esta manera, filosofía y literatura, en tanto lenguaje, expresan (la una consciente de sí, la otra no consciente de sí) la totalidad. ¿Qué totalidad? El hombre-en-el-mundo, la libertad (proyecto, porvenir) en situación.

Una obra, sea literaria o filosófica, que no exprese **el todo** es una obra inauténtica. De ahí la expresión de Sartre: “Si la literatura no es todo, la literatura no es nada”. Justo: el asunto de la literatura y la filosofía es el hombre (totalidad, proyecto en-el-mundo).

El lenguaje, instrumento “práctico-inerte” como lo denomina Sartre, permitiendo la relación del hombre con el mundo, es lo que a su vez posibilita este desentrañamiento de **la totalidad**. Es que, arrojados en el lenguaje, tenemos las palabras como utensilios que nos permiten acercarnos, luminosamente, a la totalidad de nuestra situación. Es lo que afirma el propio Sartre: “El que habla está situado en el lenguaje, cercado por las palabras; éstas son las prolongaciones de sus sentidos, sus pinzas, sus antenas, sus lentes; ese hombre las maneja desde dentro, las siente como siente su cuerpo, está rodeado de un cuerpo verbal del que apenas

tiene conciencia y que extiende su acción por el mundo” (Sartre: 1976: 50).

Esta idea que hemos venido desarrollando -el lenguaje como significación del mundo, nunca como su aprehensión-, explica la lúcida crítica sartriana de la expresión poética. En un aparte de **La náusea** leemos: “Bueno, hace un rato estaba yo en el jardín público, la raíz del castaño se hundía en el a tierra exactamente debajo de mi banco. Yo ya no recordaba que era una raíz. Las palabras se habían desvanecido, y con ellas la significación de las cosas, sus modos de empleo, las débiles marcas que los hombres han trazado en su superficie. Estaba sentado, un poco encorvado, baja la cabeza, solo frente a aquella masa negra y nudosa, enteramente bruta y que me daba miedo. Y entonces tuve esa iluminación” (Sartre: 1977: 144).

A distancia del mundo, Sartre-Roquentin no lo puede aprehender y las palabras, impotentes ante esa experiencia náusica y abrumadora, no pasan de ser meros signos. El lenguaje surge, entonces, de un vacío y se constituye en un ‘vano’ esfuerzo por alcanzar la totalidad del Ser. A este respecto es significativo y esclarecedor el comentario de Octavio Paz: “El desdén por la palabra delata que Sartre tiene nostalgia no de la plenitud humana sino del ser pleno: los dioses no hablan porque son realidades autosuficientes” (Paz, Octavio: 1971: 268-269).

El silencio de la naturaleza, como acontece en el famoso episodio náusico de la raíz del castaño, termina por imponerse sobre las palabras. El Ser aparece así, en la escritura, como lo esencial.

El Sartre-Roquentin de **La náusea** vuelve a encontrarse, aunque no del todo, en el Sartre de **¿Qué es la literatura?** También aquí

hallamos ese sentimiento de “nostalgia del ser pleno”. Escribir es una forma de ser-en-el-mundo. Arrancado de sí en las palabras, el escritor trasciende, sacrificándose, hacia el mundo. A través del lenguaje, el escritor va desde la impresencia de sí a la presencia en el mundo. El escritor, dice Sartre, está presente. La literatura es, ante todo, una “remisión concreta” al mundo. El lenguaje pertenece, pues, a la condición humana, es un elemento de acción y como tal se funda en el vacío y en la imperfección.

Todo lo contrario sucede en la poesía. Hay una perfección del lenguaje poético. Las palabras poéticas son las cosas. Tomando las palabras por las cosas, el poeta no se remite a un mundo real sino a un mundo imaginario (el arte de hacer poesía es el arte de crear cosas). Si el escritor habla, dialoga con el universo, y hablando está presente, el poeta calla y callando está ausente. “Fuera del lenguaje”, el poeta mora en el silencio y la impresencia. Si el escritor no logra poseer en las palabras la abrumadora densidad y opacidad del mundo, el poeta, todo lo contrario, posee un mundo, sólo que de orden imaginario. Sartre pone un ejemplo: el poeta que dice “caballo de mantequilla”, crea un objeto, eso pertenece al orden de lo imaginario; pero allí no hay una significación, eso no pertenece realmente al orden de “la condición humana”, que es donde se sitúa el escritor.

No hay, entonces, una funcionalidad significativa de la poesía. Sartre considera, por otra parte, que lo poético tiene su fuente secreta en la prosa. La poesía es el silencio de la prosa, aquel espacio en el que la palabra es incapaz de comunicar lo dado. En este sentido, ya que estamos ilustrando estas ideas con la obra literaria de Sartre, el miedo experimentado por Roquentin ante la raíz del castaño que se desvanece desembarazándose de las palabras,

es un momento de éxtasis poético -soledad ontológica-. Lo poético es el surgimiento de un fracaso: el fracaso de la prosa por comunicar lo incomunicable. De ahí que, siempre, en la prosa, se dé un espacio poético, puesto que el lenguaje no aprehende el Ser. “El lenguaje poético surge de las ruinas de la prosa”. Hijo de una maldición, el poeta está condenado a perder: es el fruto de un fracaso, es el fruto de la incomunicación que se da en la prosa. De ahí la anotación sartriana: **en la victoria de la prosa se esconde la derrota de la poesía.** Así pues, en tanto que es portadora de un sentido, hay una supremacía de la prosa sobre la poesía.

¿Quieren decir estas afirmaciones que Sartre es un espíritu antipoético? ¿En su obra no se da el aspecto estético? En manera alguna. El mensaje en Sartre no excluye lo estético. En las obras de Sartre la razón se desliza en los laberintos de la sinrazón; aquí el alma se hace objeto. Y es esta objetivación del alma lo que despierta en el lector la conciencia de su libertad, poniéndolo en diálogo -porque eso es la lectura- con la libertad del autor. Tal es la finalidad de lo estético en la literatura sartriana: hacer nacer en el lector la autoconciencia. Tal es la “alegría estética” en la que se opera un llamado a la libertad.

Sartre no es, entonces, únicamente un filósofo y un escritor. Sartre es un poeta. El poeta de la conciencia arrojada en el mundo. Consciente de este aspecto poético de la obra literaria, Sartre señala en su presentación de **Los tiempos modernos** que una “literatura comprometida” no debe llevar al olvido de la literatura. El fin no es sólo un sentido, también está como finalidad el infundirle “una sangre nueva” a la literatura. En su bello texto, **Metamorfosis de la literatura**, Pierre De Boisdeffre descubre en Sartre un poeta, un poeta a su manera, nos dice. No es el cantor de las

rosas, acentúa De Boisdeffre. Sartre “canta el envés de las cosas”. “Su minucioso lirismo hormigueante y oscuro, conduce siempre a la manifestación del hombre arrojado en el infierno de la inmanencia” (De Boisdeffre: 1969: 109).

Tal es el poeta que surge en **La náusea**. Su lirismo señala el arrojado de la conciencia angustiada en el mundo náusico de los fenómenos. Bajo “un extraño arte poético” Sartre parece mostrar la densidad de la existencia abrumadora e informe. Una obra es tanto más bella cuanto más presentifique el ser en toda su densidad.

Con Sartre nos asalta, pues, la sensación de que el hombre está ausente del mundo. Una nostalgia de la totalidad del ser lo roe como un ácido. Tiene que haber un instrumento de acercamiento al mundo. Ese instrumento es el lenguaje. Acaballado en las palabras, el hombre bombardea de signos el mundo. Esta presencia humana, a través del lenguaje, en el mundo, es lo que confiere sentido a la existencia. El verbo parece liberar al hombre de su ausencia y lo pone “en el meollo del ser”.

“La literatura es una libertad”, señala Sartre. La literatura es un acto de perversión y de violencia. Esa libertad, que se constituye en su origen, es su gran tema. La libertad atraviesa de parte a parte la obra literaria de Sartre; pero se trata de una **libertad en situación**, y la obra literaria debe ser la expresión de esta **totalidad**, si quiere ser una literatura auténtica. ¿Qué es entonces la literatura? Sartre responde: “Es la obra de una libertad total que se dirige a libertades plenas y manifiesta así a su modo, como libre producto de una actividad creadora, la totalidad de la condición humana” (Sartre: 1976: 239).

Así las cosas, la literatura aparece en Sartre, como una empresa de dos libertades lanzadas

a la totalidad del ser, y esta significación de la totalidad del ser alcanza “realidad objetiva” en el lector, quien se convierte en coautor de la obra. El mundo total aparece así, en el llamamiento de la obra, como una tarea en la espera del lector.

Escribir es entonces, y en tanto libre significación del mundo, actuar. Sartre lo dice claro cuando expresa: “Hablar es actuar: toda cosa que se nombra ya no es completamente la misma, ha perdido su inocencia”. “La palabra es acción”. Contemporánea de la acción, la escritura persigue una finalidad: cambiar el mundo. Espejo crítico del mundo, la literatura es ya incitación al cambio de la situación develada por ella. Esta actitud crítica y de compromiso es, incluso, más decisiva, fuerte y radical en el segundo Sartre que en el primer Sartre; nos referimos al Sartre de **La crítica de la razón dialéctica** y **Los caminos de la libertad**, donde hay un mayor compromiso con la historia y lo social o colectivo.

Perverso por excelencia, el escritor es un impugnador de la inocencia del mundo. Por ello se dice que “la prosa es ante todo una actitud del espíritu”. Es el producto de una conciencia inquieta, atormentada. Como tal, no es sólo un momento de negación de la situación develada, sino que es también una incitación a la construcción. Por ello, Sartre ve al interior de la literatura lo que él llama las dos caras de la libertad: la negación y la construcción. Si niego, por las palabras, una situación dada es para incitar a la creación de una nueva situación. De ahí que en la inmediatez de la prosa literaria se oculta una mediatez. Si la literatura es libre develación inmediata de lo dado, es para negar esto inmediato en la mediación. Escribir es así, en su justo sentido, un acto de trascendencia.

Esta literatura así concebida, muestra al hombre como una libertad que se elige en situación. He ahí el mundo relativo de la novela, pues es

un mundo de la acción, pues es un mundo de la libertad, y la libertad es irreductible. “La teoría de la relatividad -dice Sartre- se aplica integralmente al universo novelesco [...] en una verdadera novela no hay más lugar que en el mundo de Einstein para un observador privilegiado” (Sartre: 1978: 43).

Lo absoluto no tiene aquí carta de ciudadanía. Basta mirar la técnica novelística de Sartre, tras de la cual hallamos una metafísica de la libertad, para ver este mundo dramático y relativo de la literatura, mundo en el cual la única realidad es el hombre arrojado en la inmanencia, en una existencia abrumadora.

De eso se trata, de mostrar al hombre como “ser-en-el-mundo”, eligiéndose a cada instante, creándose, inventando su destino. Es que lo espiritual está disuelto en lo temporal, dice Sartre acerca de una literatura de situación. Y si esto es así encontramos que el hombre novelesco es libre, que lo esencial de la novela son los actos, actos inclasificables, irreductibles, inenabrazables, pues son el producto de una conciencia en marcha, son actos imprevisibles.

Tal es la metafísica de Sartre, una metafísica del porvenir, una metafísica de la conciencia vacía arrojada en el mundo. Esto le permite a Sartre ver en la conciencia aquel ser que se temporaliza. La conciencia hace tiempo a través de su movimiento -hacia el ser-. La conciencia está vacía, en ella sólo hay porvenir. “La conciencia no puede ‘estar en el tiempo’, sino con la condición de que se haga tiempo mediante el movimiento mismo que la hace conciencia; es necesario como dice Heidegger, que se ‘temporalice’. Ya no se permite, por lo tanto, detener al hombre en cada presente y definirlo como ‘la suma de lo que tiene’; la naturaleza de la conciencia implica, al contrario, que se lance delante de sí misma en el futuro; no se puede comprender lo que es sino por lo que será; se determina en su ser actual por

sus propias posibilidades: es lo que Heidegger llama ‘la fuerza silenciosa de lo posible’” (Sartre: 1978: 58).

He ahí, pues, la novela de situación. Novela de **la totalidad** que representa al hombre como “ser-en-el-mundo”. Sartre le da también el nombre de novela metafísica; y nos aclara el término: “La metafísica no es una discusión estéril sobre nociones abstractas que escapan a la experiencia, sino un esfuerzo vivo para abarcar por dentro la condición humana en su totalidad” (Sartre: 1976: 199). El hombre surge, así, como el tema de la literatura. El hombre que es en sí mismo libertad.

La libertad -fin en sí misma- es, en efecto, dentro de la literatura y de la filosofía sartriana, el tema fundamental. La libertad se constituye en el gran pensamiento de Sartre. Sartre es el escritor y el filósofo de la libertad. Como tal es el escritor y el filósofo de la totalidad. Esa totalidad a buscar es el proyecto -de Ser- que se manifiesta en cada una de las conductas particulares del hombre. Situado en-el-mundo, el hombre se elige a partir de su situación, y cada conducta es reveladora de su elección fundamental. Como tal, el hombre es acción pura, libertad absoluta. Es esta acción humana lo que une, en Sartre, la literatura y la filosofía. El “hombre en acto” es el gran problema. Ello es lo que hace de la novela una novela filosófica y de la filosofía una “filosofía dramática” o novelesca. “Hoy pienso que la filosofía es dramática. Ya no se trata de contemplar la inmovilidad de las sustancias que son lo que son, ni de encontrar las reglas de una sucesión de fenómenos. Se trata del hombre que es simultáneamente un agente y un actor que produce su drama y actúa en él, viviendo de las contradicciones de su situación, hasta el estallido de su persona, o hasta la solución de sus conflictos” (Sartre: 1973: 11).

Podemos señalar, entonces, que la obra literaria nos entrega el sentimiento de la totalidad, mientras que la obra filosófica constituye su noción. Es lo que sucede con **La náusea** y con **El ser y la nada**, respectivamente. En efecto, es en **El ser y la nada** que tomamos conciencia del sentido de esta totalidad: “La conciencia es un abstracto, ya que oculta en sí misma un origen ontológico hacia el en-sí, y, recíprocamente, el fenómeno es un abstracto también, ya que debe ‘aparecer’ ante la conciencia. Lo concreto no puede ser sino la totalidad sintética de que tanto la conciencia como el fenómeno constituyen sólo momentos. Lo concreto es el hombre en el mundo, con esa unión específica del hombre con el mundo, que Heidegger, por ejemplo, llama ‘ser-en-el-mundo’” (Sartre: 1976: 41-42).

Desde la doble perspectiva de lo literario y de lo filosófico, el pensamiento de Sartre surge como algo vasto, complejo y problemático. Es aquí donde radica su enorme riqueza: en el hecho de expresar, a cabalidad y hasta las últimas consecuencias, la problemática del pensamiento. Su obra está hecha de paradojas y contradicciones, pero vista en su totalidad, estamos ante una escritura coherente y tremendamente lúcida, además de ser consecuente con la concepción de la realidad humana como una realidad enteramente libre, condenada a elegirse y a realizarse en el azar de su situación y de sus circunstancias, confiriéndole un sentido a su existencia personal y concreta. No podemos dejar de citar aquí, en este contexto, a Bernard Henri Lévy, quien en su monumental y polémico libro titulado **El siglo de Sartre**, elogia el espíritu de contradicción en este escritor y pensador francés. Ciertamente, en una abierta defensa de Sartre, a este respecto, nos dice que piensa contra sí mismo, incluso en las páginas de un mismo libro.

Esto ha de ser así, en alguien que se sabe libre, en alguien que se sabe fatalmente

llamado a hacerse, elegirse y construirse permanentemente, en alguien que es consciente de que su ser está en aplazamiento y que no está definido como la piedra, que no está cristalizado como los minerales. “Teoría del ‘pensador por explosiones’”. La frase se aplica a Descartes, pero también podría valer para Sartre. Podría aplicársela así mismo y aplicarla a la dura tarea que siempre se impuso: pensar contra sí mismo, contradecirse, si era menester, de un libro a otro, o de una página a otra del mismo libro. Un pensamiento que avanza por espíritu de contradicción, paradojas, contrasentidos, a veces sinsentidos, más contradicciones y contratiempos, por eso Sartre, el Sartre obsesionado con el hueso, la piedra de sus ideas convertidas en tópicos, nunca dejó de elogiar el ‘pensamiento a la contra’, y en especial contra sí mismo”. (Lévy: 2001: 259). Reiterémoslo, ¡hasta en esto es consecuente Sartre con su idea de libertad!

La importancia del pensamiento filosófico de Sartre reside, entonces, en su cuestionamiento de la existencia humana. Podemos afirmar, partiendo de sus pensamientos en torno a la libertad, que la existencia humana es problemática. El ser del hombre es un ser irreductible. Cuando Sartre concibe al hombre como totalidad, como libertad situada en el mundo, como libre proyecto de ser, le da un sentido dinámico a esa existencia.

Hablar del hombre, de su ser, de su existencia, no es ya hablar de un ente estático, al cual podríamos atrapar en un concepto y encasillar en una forma determinada. Todo lo contrario: en Sartre el ser del hombre aparece como un ser fluido y multiforme.

Como totalidad, el hombre que nos presenta Sartre se halla siempre en el punto de partida. Esa conciencia atormentada es conciencia de... excepto de su propia meta. La meta del hombre está alejada. La meta del hombre aparece como algo tal vez inalcanzable y el hombre se resuelve

como una paradoja: es y no es. El hombre que nos presenta Sartre “es siendo”.

Tal es, pues, el gran valor que encontramos al interior de la filosofía sartriana: esa mirada del hombre como totalidad, como arrojado indeterminado en el porvenir. Esta mirada sartriana del hombre lo presenta como un ser irreductible; pero ha de entenderse que no empleamos aquí la expresión “hombre” en un sentido genérico. Hablamos en el sentido de cada existencia concreta, que es siempre inconclusa. Concluamos: el valor, la significación y la relevancia de la filosofía dramática de Sartre consiste en presentar al hombre como un ser en **situación**; pero libre e irreductible, eligiéndose, haciéndose a sí mismo. Así lo expresa, en el lenguaje de la inmediatez, su obra literaria; así lo reflexiona y lo piensa, en el lenguaje de la mediación, su enorme y vasta obra filosófica.

BIBLIOGRAFÍA

SARTRE, Jean – Paul, **El escritor y su lenguaje**, Buenos Aires, Losada, 1973, Traducción de Eduardo Gudiño Kieffer.

_____, **¿Qué es la literatura?**, Buenos Aires, Losada, ed. 6ª, 1976, Traducción de Aurora Bernárdez.

_____, **La náusea**, Buenos Aires, Losada, ed. 16ª, 1977, Traducción de Aurora Bernárdez.

_____, **El hombre y las cosas**, Buenos Aires, Losada, ed. 3ª, 1978, Traducción de Luis Echavarri.

_____, **El ser y la nada**, Buenos Aires, Losada, ed. 4ª, 1976, Traducción de Juan Valmar.

PAZ, Octavio. **Los signos en rotación y otros ensayos**, Madrid, Alianza, 1971.

DE BOISDEFRE, Pierre. **Metamorfosis de la literatura**, Madrid, Guadarrama, T. 3, 1969, Traducción de Luis Núñez y Luis Alberto Martín Baro.



Desconfío de toda idea que no parezca obsoleta o grotesca a mis contemporáneos.

*“Ecolios a un Texto Implícito”
de Nicolás Gómez Dávila*